

# PRÓLOGO

En una agradable y tórrida noche de verano, donde una gigantesca luna llena se impone en el inmenso firmamento y vestía el cielo de luz, el recuerdo del invierno se hizo presente. Bajo un manto de calor, donde aún se escuchaba el cantar de las cícadas, una modesta cabaña se hacía notar al final de un interminable campo de pastizales, como dos ojos centinelas, las ventanas abiertas del hogar mostraban un tímido resplandor asomar desde el interior.

Sentado en un refinado sillón de madera, el cual no coincide con el humilde exterior de la casa, al igual que la imponente biblioteca que cubría la totalidad de una de las paredes con libros antiguos en perfecto estado, bajo la tenue luz de un farol de lectura, un anciano con ojos de lechuza leía un libro, sus curtidos dedos le dificultaba dar vuelta las páginas. Acompañado por una copa de aguamiel, de la cual bebía al final de cada hoja. Atrapado por la lectura, sólo se distrajo cuando una fuerte brisa entró por la ventana de su humilde hogar en el medio de la nada. Se trataba de una ventisca tan fría como el invierno más crudo, completamente inusual para la estación que estaba transcurriendo. La habitación se sumió en una eterna oscuridad cuando aquella correntada de aire apagó aquel farol de lectura.

El anciano dejó a un lado su libro sobre una pequeña mesa junto al sillón y, frotándose los lados de sus brazos para alejar el frío, se paró para cerrar su ventana. Grande fue su sorpresa cuando en el marco de la abertura

Las proporciones de esta inusual artesanía estaba completamente desparejas, la tapa sólo estaba agarrada con unas improvisadas arandelas de alambre.

El viejo ojos de lechuza levantó la vista y clavó la mirada en el amplio campo pero, a pesar de que estaba iluminado por la luna llena, no logró ver a nadie hasta donde llegaba su cancina vista. El calor volvió a hacerse sentir, con su atención puesta en aquel cofre, el anciano volvió con el hasta su cómodo asiento, con un chispero volvió a encender el farol, el reflejo de la vela en sus ojos ocultaban un mal presagio, abrió el cofre del cual asomaba en su interior, por sobre otros objetos una

carta, en ella solo una palabra estaba escrita, el nombre de alguien a quien aquel viejo conocía.

# CAPÍTULO 1

Fuertes vientos azotan el frío bosque invernal de Tyurma. Se trata de una pequeña isla al norte de Derevor, un lugar inhóspito y salvaje olvidado por la humanidad. Solo algunos nativos montaraces pasan sus vidas bajo el crudo invierno. Esta isla es una fortaleza casi impenetrable, aun los hombres de mar más experimentados temen navegar las aguas del norte, por miedo a quedar atrapados en las afiladas rocas que apenas se pueden ver dentro de las gigantescas olas que golpean bruscamente la costa sin descanso. Las viejas embarcaciones en ruinas, encalladas en aquel lugar, servían como faro para cualquier temerario que quisiera acercarse. Pero más peligroso aún era el frondoso bosque de Umbra, que cubría la mayor parte de la superficie, como un muro de árboles impidiendo el paso de forasteros que pretendiesen llegar a tierra firme, hogar de viejas leyendas y bestias que custodiaban la imponente montaña.

Y allí estaba ella, a vista de todos. Durmiendo en el centro exacto de la isla, se elevaba por sobre los árboles nevados la imponente montaña Ghora: una formación rocosa de nieves eternas visible a millas de distancia. En el corazón de esa tumba de hielo y piedra, alejada de la civilización, se ocultaba la prisión Dagaja, cárcel de máxima seguridad donde solo los más peligrosos criminales, asesinos y piratas del mundo eran confinados para pasar el resto de sus días bajo la profunda oscuridad.

Como si fuera dos mundos diferentes, el calor del interior de Dagaja es sofocante, este se extiende por los pasillos laberínticos, apenas alumbrados con algunas antorchas que solo hacen más dificultosa la respiración. Las paredes rocosas dejan ver algunas gotas de agua que vienen desde el exterior, como si la misma montaña sudara, haciendo de este un lugar húmedo en extremo.

Es acá donde hombres carentes de alma, seres despiadados a los que todo el mundo teme, viven para vigilar a los condenados. Estos son los cientos de guardias, exreos que cumplieron su condena, destinados -bajo un juramento de vida o muerte- a mantener el orden en una población de más de tres mil reclusos. Vigilar y controlar son dulces palabras que ocultan el hostigamiento y a tortura diaria.

Pero en este lugar, la existencia de guardias es inútil, solo una persona tiene el control total: Nord Bolarok, centinela de la montaña. Se trata de un hombre de edad avanzada, baja estatura y mirada perversa. Pero su demacrado aspecto no coincide con su fuerza y sus habilidades en combate, lo que le ha permitido ganarse el apodo de “el Demonio” entre los reclusos o, como los más viejos lo llaman, “el Demonio de Tres Dedos”, nombre que le fue dado al ser mutilado por un recluso en su primer día en aquel infierno. Su autoridad en Dagaja es absoluta, él decide quién, cuándo, dónde y cómo un recluso pagará su condena. Poco le importaba a “el Demonio” que alguien cumpliera su condena; para él, nadie que ingrese a la prisión podrá volver a vivir una vida normal, quien firmara su contrato, quien entregase su alma, nunca se podrá liberar de él.

Los pasos diminutos de Nord Bolarok generan un tenso silencio en los pasillos del calabozo a medida que avanza por el irregular camino de piedra. El andar de los guardias que lo escoltan con antorchas iluminan las celdas sin barrotes dejando expuesto el temor en los ojos de los reclusos al ver a “el Demonio” pasar frente a ellos.

Quienes escoltaban al centinela de Ghora eran los guardias más antiguos y poderosos dentro de la prisión: los hermanos conocidos como Saru y Kuma. Eran dos gemelos que se habían ganado esos nombres debido a sus habilidades Zhen, las cuales los emparentaban con las dos bestias legendarias. Estos ya habían cumplido su condena. Dos hombres de imponente presencia. las cicatrices en sus calvas se podían ver con claridad, cientos de heridas recorrían de la misma forma su cuerpo. Más de treinta años durmieron bajo el sofocante calor de Dagaja. Muchas lunas pasaron dentro de la montaña bajo las órdenes Nord Bolarok. El miedo hacia él hacía imposible que abandonaran el lugar.

El sonido de sus pasos se detuvo al llegar al final del pasillo donde estaba la última celda. A diferencia de las otras esta sí tenía una puerta está triplicaba el tamaño de los hermanos. Su grabado era particularmente hermoso. Era una puerta de hierro tyurmano, el único metal en el mundo capaz de absorber propiedades

Zhen. Nord Bolarok levantó las manos apoyándolas en el frío hierro, que lentamente empezó a replegarse en miles de pedazos hasta desaparecer por completo.

—Esperen aquí —dijo a sus dos hombres, que obedecieron sin emitir comentario.

Entró a la celda y la puerta volvió a rearmarse a sus espaldas, dejándolo solo en su interior. El espacio era reducido: una habitación completamente vacía a excepción de un hueco en la pared más alejada de la puerta, donde sobre la piedra descansaba una esfera de cristal que iluminaba el lugar con una tenue luz azul. Debajo de la esfera, se podían notar en la roca seis hileras superpuestas, con diferentes dibujos que formaban un extraño patrón. Estas estaban claramente desordenadas. Sobre ellas, casi imperceptible, se notaba una pequeña ranura de la que se extendían seis lados.

“El demonio” se dirigió hacia ella y, desde el interior de sus vestimentas, extrajo una extraña llave de seis paletas -cada una de ellas diferentes entre sí- la cual introdujo en la ranura. Comenzó a girar esta de un lado a otro, siguiendo un patrón que sólo él conocía, mientras giraba la llave, los dibujos debajo de aquella esfera brillante, comenzaron a girar, hasta formar la imagen de un árbol de cerezos. La luz tomó más fuerza, dejando expuesto el rostro del centinela de la montaña, quien extendió su mano derecha, la tocó con los únicos tres dedos que le quedaban, ocasionando su desaparición física, dejando solo aquella esfera azul. Nord Bolarok había sido enviado a otro lugar porque esta esfera era un Tabi, un objeto no muy común de teletransportación y de uso prohibido para los civiles.

“El demonio” fue llevado a un lugar al que los reclusos llamaban «el Fin del Tiempo». Bien ganado tenía su nombre en aquel lugar donde el tiempo no existía, o eso es lo que tu cabeza te hacía creer. Un espacio donde solo había una profunda oscuridad. Apenas se podía distinguir un suelo angosto bajo los pies de Nord Bolarok, seguido de un abismo eterno. El camino se extendía hacia una plataforma circular cubierta por una delgada capa de agua y solo algunas gotas caían desde la plataforma. A paso lento, el centinela de la montaña se dirigía a la plataforma. El agua en ella esquivaba los pasos del viejo, rodeándolo mientras avanzaba, como si estuviera viva.

En la oscuridad de «el Fin del Tiempo», cuatro reclusos iluminados tenuemente por el Tabi se encontraban inquietantemente inmóviles, como si fueran estatuas que solo podían mover los ojos. Sus brazos, a pesar de no tener cadenas, se encontraban por sobre sus cabezas, sujetos de la nada misma, sus pies se encontraban a centímetros del agua.

—Buenos días, mis pequeños renegados —dijo Nord Bolarok a las cuatro figuras inmóviles, mientras el sonido de una gota cayendo en el medio del lugar sonaba continuamente—. ¿Cómo los trataron estas últimas semanas de aislamiento? ¿Alguno tiene algo que decirme?

El primer recluso tenía la mirada quieta y pérdida. Al verlo en ese estado, el viejo demonio acercó su mano apoyando dos dedos de su mano mutilada en su cuello para notar que no tenía pulso.

—Basura —balbuceó al aire mientras apoyaba su mano en el pecho del hombre muerto, desataba el cuerpo de sus cadenas invisibles y caía de boca en el agua, la que comenzó a desintegrar el cuerpo poco a poco, hasta hacerlo desaparecer del todo, sin dejar un solo rastro.

Siguió caminando lentamente hasta llegar al siguiente recluso, quien lo miró de manera desafiante a través de su parálisis.

—Oh, Zunder —dijo con una mueca de desprecio—, tanto poder en un solo hombre, qué desperdicio —continuó Bolarok, quien tenía la orden de no poseer la voluntad del hombre que estaba ante él—. Sin duda, eres un hombre de temer, doce años en este lugar, me pregunto qué es lo que te mantiene cuerdo.

El hombre al que Bolarok miraba era Zunder Friedman; de unos treinta años, delgado y de tez blanca. Su contextura no cuadraba con la media de la prisión, ya que su cuerpo carecía de músculos trabajados e incluso parecía frágil y débil. Si te acercabas lo suficiente podías descubrir por detrás de su pelo negro dos ojos oscuros y vacíos de emociones.

—Es increíble que un hombre tan frágil sea uno de seres más temidos del mundo —dijo riendo al ver su estado actual.

Siguió su recorrido hasta el siguiente recluso. O, mejor dicho, reclusa. La última adquisición, un misterio hasta para el mismo Bolarok: la única mujer en toda



la montaña. Joven, de unos dieciocho años, de pelo negro que se perdía con el oscuro ambiente. Sus ojos color sangre embellecían su sucio rostro; su demacrada vestimenta dejaba a la vista la figura de una mujer que cualquier hombre desearía tener entre sus manos. A pesar de su corta edad, su cuerpo mostraba muchas cicatrices. Nord Bolarok entendía muy bien de cicatrices; él sabía que no eran rastros de tortura; esas eran heridas de una guerrera. En sus muñecas sobresalían unos grilletes viejos y oxidados sin cadenas. Estos parecían los de una esclava, pero él bien sabía que no lo era.

Poco sabía sobre la bella joven. No sabía su nombre, ni de dónde era. Había llegado a Dagaja con la exclusiva orden de dejarla morir ahí.

—Mi hermosa joya —susurró Nord Bolarok al oído de la joven mujer mientras su mano recorría el inmóvil cuerpo de la prisionera—. ¿Estás lista para firmar mi contrato y entregarme tu vida?

Los ojos de la joven no se inmutaron ante el acoso del viejo, quien al ver la indiferencia en su mirada le pasó su asquerosa lengua por el rostro.

—No te preocupes, tarde o temprano todos firman o mueren —dijo—. Apenas llevas cuatro meses aquí, podría hacer tu estadía más fácil, no pierdas el tiempo como tu compañero, mira su estado.

Nord Bolarok conocía muy bien a todos sus huéspedes, podía leer sus corazones con facilidad, pero no era el caso de esta joven, algo en ella lo inquietaba al mismo tiempo que lo intrigaba.

A medida que el centinela se acercaba al último recluso vio cómo las lágrimas brotaban de sus inquietos y desorbitados ojos. Se detuvo frente a él y sonrió con la satisfacción de haber triunfado.

—Vaya, vaya, vaya, tenemos un ganador —dijo Nord Bolarok—. ¿Ya estás listo para entregarme tu vida para siempre?

El recluso, con el alma quebrantada, cerró sus ojos rindiéndose ante “el demonio”, quien con un simple movimiento de su mano le permitió recuperar el habla, liberando su voz con un grito entre llantos.

—Tranquilo, hijo, ahora me perteneces, nada te pasará —dijo Nord Bolarok apoyando la mano en la cabeza del recluso—. ¿Aceptas entregarme tu vida para toda la eternidad?.

—¡Sí! —dijo sin dudar el quebrantado hombre con lágrimas en todo el rostro. Nord Bolarok lo liberó de sus cadenas, cayendo el condenado a los diminutos pies del centinela de Ghora. El agua que había desintegrado al primer recluso, esta vez se abrió ante la caída el nuevo esclavo.

Nord Bolarok era un portador Sinna, nombre con el cual se conocía al dios del corazón. Su mano tomó un brillo suave mientras estaba en contacto con la cabeza del recluso, que a su vez empezó a perder el color del rostro, como si su piel fuese oscureciéndose y volviéndose opaca. Este era el verdadero poder del centinela de Ghora, la capacidad de controlar el corazón de otra persona una vez que esta decidiera entregarlo.

El dominio sobre la persona era total, una maldición que por el solo hecho de desobedecer una orden, por mínima que fuera, condenaba a morir inmediatamente a quien lo hiciera. Nord Bolarok disfrutaba mucho de su poder, que lo había hecho merecedor del puesto de centinela y era temido en la prisión. Era una habilidad muy poco común en el mundo, por ese motivo el Alto Consejo de Representantes de Adelfried lo había designado como guardián de la prisión de máxima seguridad. Allí podía usarlo con libertad y se aseguraban de que los reclusos más peligrosos para el mundo no atinaran a desafiarlo.

Pero mientras esto sucedía en «el Fin del Tiempo», en el oscuro bosque de las afueras de la prisión, una misteriosa figura se acercaba caminando lentamente hacia la base de la montaña. Allí donde un grupo de hombres custodiaba la entrada a la prisión, ocultos, amontonados en una pequeña cueva para poder combatir los fríos vientos del norte y donde pequeñas antorchas luchaban por no extinguir su fuego. En Tyurma la tormenta de nieve era eterna. O al menos lo fue hasta ese día.

Porque, de repente, los vientos dejaron de silbar, la nieve dejó de caer y el cálido fuego de las antorchas cobró más vida calentando el rostro de los guardias.

—Al fin, un poco de piedad: los dioses nos tienen misericordia —dijo uno de los guardias aprovechando el calor del fuego cerca de sí.

—No seas iluso, no le importamos a los dioses —contestó un guardia entrado en años y con la cara surcada de cicatrices de viejas batallas mientras su mano iba a la empuñadura de su espada, advirtiéndole que aquel cálido momento no era algo por lo cual alegrarse.

—¿No crees ser un poco exagerado? —le respondió otro de los guardias, el más joven de ellos—. Dentro de todos nuestros tormentos podríamos disfrutar de cuando en cuando.

El fuego de las antorchas, que sin el viento ni la nieve había tomado fuerza, de a poco se fue apagando hasta llegar a iluminar menos que una vela gastada. Los guardias se miraron entre ellos al tiempo que el guardia desconfiado sacaba su espada y daba un paso al frente.

La luna se hizo presente por arriba los árboles y su luz dejó ver una pequeña silueta entre los viejos pinos. Estaba envuelta en una capa con capucha, que no dejaba ver su rostro. Los hombres dieron un paso fuera de la cueva por detrás del más anciano. El joven llevó la mano a la espada también al tiempo que buscaba quedarse atrás.

—¿Quién eres? —interrogó el viejo levantando más alto su espada—. No des un solo paso más.

El intruso dio un paso adelante mientras se sacaba la capucha y la dejaba caer sobre los hombros. Entonces pudieron ver a una mujer de pelo blanco como la nieve, ojos azules y fríos como el hielo. Tenía los labios rojos como la sangre, envueltos en un vapor que salía de su boca a causa de las bajas temperaturas.

—Caballeros, perdonen mis modales —se disculpó inclinándose ante ellos como muestra de respeto—. Mi nombre es Lluvia, y estoy buscando a alguien, quizás puedan ayudarme.

—¡Lárgate, niña, aquí no hay nadie! —gritó un guardia enfurecido.

—Qué raro... —dijo la joven mujer—. Me dijeron que esta persona se encontraba aquí.

Los soldados se miraron entre ellos; dudando si actuar o no.

—El hombre que busco de llama Zunder Friedman, me dijeron que por aquí podría encontrarlo —respondió la fría mujer.

Tras decir ese nombre, Lluvia sonrió. Los guardias se miraron enfurecidos ante la provocación y por haber mencionado tal vez, el nombre mas peligroso del mundo, a quien ocultaban secretamente dentro de la montaña.

—¡Maldita! —gritó el anciano avanzando con su espada en alto—. ¡Ataquen! —ordenó a sus compañeros.

Lluvia, aún inclinada por su reverencia y sin siquiera cambiar el gesto de su rostro, levantó las manos de la nieve. Estas se pusieron aún más blancas, casi cristalinas, y al terminar de incorporarse se fueron creando dos espadas de hielo, una en cada mano. Lluvia miró a los dos guardias más próximos a ella y, con las espadas de hielo en las manos, sonrió.

Los dos primeros guardias atacaron al mismo tiempo. Eran dos exreclusos enormes, llenos de cicatrices de combates. Sin embargo, Lluvia, que parecía una niña en comparación con esos sujetos, se mantuvo inmóvil y calma.

Los dos hombres levantaron sus espadas, las cuales tomaron un color anaranjado al calentarse, proyectaban el poder de fuego de sus portadores, realizaron un corte vertical muy bien sincronizados y con una fuerza tremenda, dejando un haz de luz en la oscuridad, pero al descargar su poder, sus hojas solo encontraron nieve y piedra, esto provocó un gran chispazo que iluminó el entorno para luego quedar en la oscuridad al enfriar sus hojas con la nieve. Lluvia había esquivado sus ataques con un gran salto, quedando de cabeza por encima de ellos. Y antes de que alguno de los dos pudiese levantar sus armas de nuevo, con un hábil movimiento de sus espadas cortó limpiamente las cabezas de sus enemigos, que cayeron en la nieve al mismo tiempo que los pies de Lluvia. Sin embargo, el más viejo atacó desde el punto ciego de la joven, sorprendiéndola a medias.

—¿Cómo llegaste ahí? —preguntó mientras giraba su cuerpo y arrojaba cual lanza una de sus espadas hacia su contrincante, que estaba en el aire en una posición en la que le sería imposible esquivar el golpe.

La espada de hielo brillaba en el aire a gran velocidad pero no pudo impactar en el guardia ya que, para su sorpresa, desapareció en el aire antes de ser alcanzado.

—¡Ya veo, un portador Versia! —pensó Lluvia mientras empuñaba con firmeza la única espada que le quedaba.

Un portador Versia tenía la capacidad de distorsionar el espacio. En este caso la habilidad de teletransportarse en distancias cortas. Sabiendo esto y con la espada de hielo en alto, Lluvia se mantuvo alerta a cualquier indicio.

El guardia más viejo volvió a aparecer por su punto ciego, pero la joven ya se esperaba este movimiento. Con un rápido giro, la portadora Mera apoyó su pie izquierdo sobre la nieve y generó una infinidad de estacas que emergieron desde suelo, atacando a aquel hombre. Pero su ataque solo había logrado rasguñar a aquel viejo, que, al parecer, era más hábil en combate que sus predecesores, porque ya no estaba allí, sino que había utilizado nuevamente su técnica para teletransportarse a espaldas de Lluvia con la espada a centímetros de su cuello.

—¡Es tu fin! —exclamó el guardia, quien esta vez logró llegar hasta Lluvia con su ataque.

Los guardias que permanecían en la entrada festejaron el movimiento de su compañero, dando por muerta a la intrusa.

—¡Niña arrogante! —gritó el guardia más joven—. ¡¿Creíste que podías con todos nosotros?!

Por la espada del guardia corrieron unas gotas de sangre. Sin embargo, el portador Versia se mantenía inmóvil en su lugar. Solo unos milímetros de la hoja habían logrado alcanzar a Lluvia, realizando un corte superficial, apenas un rasguño en el cuello de la joven que miraba a su atacante con un gesto de fastidio. Por algún motivo, su agresor había detenido su ataque justo en el momento en que iba a triunfar en el combate.

—No tenías que intervenir —murmuró la joven quien se notaba decepcionada.

—Tiene razón, Lluvia —interrumpió una voz masculina proveniente de entre los árboles.

Vestido con la misma ropa que Lluvia, un hombre de gran altura se hizo presente. A diferencia de su compañera, no cubría su rostro una capucha, sino una

extraña y densa niebla negra que ocultaba su identidad. Este misterioso hombre se hizo notar acercándose al lugar de la batalla.

—Tu arrogancia va a terminar matándote —continuó diciendo mientras caminaba hacia ella—. Atacas a tus enemigos sin saber de qué son capaces. Te adelantas a tus compañeros y desobedeces todo tipo de órdenes.

Sorprendidos ante la aparición de este nuevo enemigo, los guardias notaron que su compañero se encontraba totalmente inmóvil y que su golpe no había dado en la mujer de pelo blanco.

—¡Haz sonar la alarma! —gritó el guardia más joven al tiempo que se daba la vuelta hacia la cueva donde el resto de sus compañeros estaban. Tremenda fue su sorpresa al ver sobre una montaña de cadáveres a un hombre extremadamente delgado, ojos y cabellos negros, y que, a diferencia de los otros dos desconocidos, no usaba capucha, disfrutando el frío en la cara. En sus manos, una espada ensangrentada.

—Imposible —murmuró con miedo en su voz.

Y sin perder tiempo corrió a gran velocidad hacia el interior de la cueva, en donde se encontraba la alarma. Aun sabiendo que sus repentinos enemigos eran más fuertes que él, la maldición de Nord Bolarok no le dejaba otra opción que correr hacia ella. Al pasar junto al hombre que había asesinado en segundos a sus compañeros, este ni siquiera intentó detenerlo.

—¿Vas a dejarlo ir, Lluvia? —le recriminó el hombre encapuchado a su compañera, quien aún permanecía inmóvil con la espada de su enemigo rozando su cuello—. Aún tienes mucho por aprender; que una pequeña caída no quebrante tu espíritu de lucha.

Apretando los dientes por la impotencia de haber sido herida en su orgullo, Lluvia apartó la espada de su cuello con la mano derecha e ignorando a su enemigo inmóvil, dio un paso al costado y miró al guardia joven que escapaba.

Lluvia era, claramente, una portadora Mera, por lo que tenía el control absoluto sobre el agua; en su caso particular, sobre el agua en estado sólido. Juntó las palmas separándolas verticalmente y formando un arco tomó la cuerda de hielo y la estiró. A medida que se tensaba, una flecha de hielo se fue formando. Lluvia miró al guardia que huía, soltó una exhalación fría y la flecha surcó el aire, dando de

lleno en el cráneo de su enemigo, quien cayó muerto junto a una campana oxidada, la cual nunca llegó a sonar.

—Tenía todo bajo control, Berker —dijo Lluvia dirigiéndose a su compañero que ocultaba su rostro y observaba metros atrás.

—Ya veo, por eso tuve que inmovilizar a este anciano—dijo el hombre, que se hacía llamar Berker, mientras señalaba al último guardia en pie—. Sin contar al resto que mató tu hermano Bellamy.

—Nadie le pidió ayuda, idiota —contestó la joven ofuscada, ignorando a su compañero.

—Terminemos con esto —respondió Bellamy limpiando su espada, sin prestar atención a su hermana.

—Tienes razón —dijo Berker acercándose al hombre inmóvil.

Quien claramente era el líder, tocó al último guardia vivo, que cayó sobre sus rodillas en la nieve. Miró a Berker aún sin entender todo lo que había sucedido en minutos.

—No voy a mentirte, no vas a salir con vida de aquí, pero puedes elegir —le dijo Berker secamente.

—Púdrete —murmuró el guardia.

—Piénsalo bien antes de negarte. Puedes traicionar a tu amo diciéndonos cómo entrar sin alertar a los demás y morir rápidamente, o bien podemos torturarte durante horas —dijo con una sonrisa—. Y créeme que terminarás hablando.

Pero el guardia hacía años que estaba en la prisión, era el más longevo en toda la isla y el miedo que inspiraba “el Demonio” no iba a desaparecer por tres asesinos. Sin embargo, su rostro comenzó a cambiar al ver como aquella neblina negra comenzaba a ingresar por sus ojos, su nariz, sus oídos y su boca. Un grito aterrador se hizo escuchar en todo el bosque. Solo unos minutos, que para el guardia fueron horas, hicieron quebrar su voluntad y revelar cómo ingresar a la prisión. Inmediatamente después de traicionar la voluntad de Nord Bolarok, el guardia cayó muerto.

En el interior de la montaña, Nord Bolarok ya estaba de regreso con su nuevo esclavo, a quien aún se le notaban algunas lágrimas en sus ojos ya sin alma.

—Llévenselo a su nueva celda —ordenó a los dos guardias gemelos que aún custodiaban la entrada de la habitación del Tabi.

Ambos acataron la orden sosteniendo de los brazos al nuevo esclavo y arrastrándolo por el pasillo lo llevaron hasta su celda.

Nord Bolarok se encaminó hacia su estudio, pero se detuvo en medio del pasillo principal de la prisión. La temperatura del ambiente empezó a bajar, el fuego de las antorchas en la pared comenzó a agitarse. Los reclusos en sus celdas miraban sin entender aquella anomalía.

—¿Cómo lograste entrar? —preguntó el viejo.

Desde el fondo del pasillo, la figura de Berker se presentó ante el centinela de Ghora sin ningún ánimo de ocultarse.

—¿Quién eres? —fue la segunda pregunta de Bolarok, que no cambió su actitud ante el hombre que estaba plantado frente a él.

—Esta noche soy tan solo tu enemigo —obtuvo como respuesta.

—Ya veo, te contrataron para asesinarme —respondió Bolarok—. Solo eres un simple mercenario.

—¿Asesinarte?, eso depende únicamente de ti.

—¿De mi?. —pregunto sorprendido.

—No tienes porqué morir si renuncias a ser el centinela de la montaña y liberas a todos estos hombres caídos en desgracia.

Mientras los dos hombres dialogaban, Lluvia y Bellamy se acercaban sigilosamente desde lo más alto, escondidos detrás de las grande vigas de madera que soportaban el peso de la montaña. Nord Bolarok se echó a reír estruendosamente.

—¿Cuál es la gracia? —preguntó el hombre bajo la neblina negra, sin tampoco alterar su postura.

—Vienes a mis dominios a desafiar mi autoridad y solo tienes contigo a una niña que controla el agua y un joven capaz de moverse a gran velocidad. —¿No crees que estás subestimando mis habilidades?

—Tu fama está bien otorgada, Demonio —respondió Berker mientras que Lluvia y su hermano descendieron a las espaldas del viejo de tres dedos, quien se dio cuenta rápidamente de su presencia.



—Anciano arrogante —murmuró Lluvia.

Su hermano la miró sorprendido al ver de quién salía la palabra arrogante

—Y tú, ni me mires —dijo al ver que Bellamy la miraba.

Aún rodeado por los tres intrusos, Bolarok estaba muy tranquilo. En ningún momento subió su guardia o cambió su tono de voz.

—¿Qué es lo que realmente quieren? —preguntó —no me vengas con esta estupidez de justicia por estos imbéciles —dijo señalando a los hombres en sus celdas.

—Tú ya lo sabes, ¿para qué preguntas? —dijo con una sonrisa.

—¿Vienen por Zunder verdad?..., ya veo. ¿Al parecer ha comenzado?

—¿Comenzado? —respondió Berker sorprendido.

Nord Bolarok ignoró la pregunta de su enemigo, cerró los ojos un instante y respiró hondo. Fueron unos segundos en los que ninguno de los cuatro se movió, “el Demonio” estaba agudizando todos sus sentidos y preparándose para la batalla. Al soltar la respiración abrió lentamente los ojos y miró nuevamente a Berker, de quien entendía que era su única amenaza. En tan solo unos segundos había podido analizar a sus contrincantes.

—Veo que están un escalón por encima de la basura —le dijo entonces.

—Ya lo notaste —contestó Berker.

—Asesinaron a todos mis hombres —dijo Nord Bolarok con una sonrisa—.

Esto será interesante, aunque si querían que fuera una lucha justa, debieron asesinar a todos los reclusos.

—Tienes razón, pero lamentablemente, no podemos hacer eso —contestó Berker.

Esas palabras llamaron la atención del viejo demonio, quien no creía posible que estuvieran ahí para liberar a sus condenados.

Fue entonces cuando, sin ningún tipo de aviso o señal aparente, frustrada por ser ignorada, Lluvia apoyó las manos en el suelo y transformó todo el entorno en hielo, congelando el piso, las paredes y hasta a los mismos prisioneros que estaban en contacto con esas superficies.

Sin embargo, “el Demonio” se mantuvo en el aire con un salto en el momento justo, evitando quedar atrapado en el hielo. Fue aún antes de que llegara a tocar el

suelo cuando Bellamy, aprovechando el repentino e imprudente ataque de su hermana, se impulsó para embestir al centinela, esta vez empuñando una daga debido al escaso espacio en los pasillos. Pero Bolarok pudo defenderse con facilidad esquivando el ataque a una velocidad no propia de su edad, pero sí de alguien a quien llaman “el Demonio”.

—¡Ja, eres más rápido de lo que creí! —dijo Nord Bolarok desviando el ataque del joven solo con sus manos.

Bellamy no se rindió y arremetió nuevamente.

—¡Novato! —gritó Bolarok usando el hielo para resbalar por el suelo y esquivar el segundo ataque.

Lluvia utilizó su habilidad para hacer salir del suelo estalactitas filosas hacia el cuerpo de su enemigo, pero el centinela fue aún más rápido y las esquivó saltando hacia las vigas antes usada por los dos hermanos, no fue impedimento para Lluvia hacer que el filoso hielo, lo siguiera hasta el techo. “El Demonio de Tres Dedos” saltaba de viga en viga, haciendo que las estalactitas se clavarán en la madera.

—Si sigo peleando en el hielo estaré en desventaja —pensó el viejo.

Lanzándose, usando las vigas para tomar impulso de cabeza hacia el improvisado hielo de Lluvia, Nord Bolarok dio un poderoso golpe de puño en el suelo y logró agrietar todo el hielo alrededor, dejando a la vista la fría y dura piedra de la montaña Ghora.

—Nada mal —dijo Berker, quien aún no había intervenido en la pelea y observaba de brazos cruzados.

“El Demonio” levantó la cabeza y devolvió una sonrisa al comentario del encapuchado. Los movimientos de sus enemigos estaban coordinados a la perfección, lo que solo podía significar una cosa, estaban enlazados mentalmente. Un segundo después, debido a la violencia del golpe, el suelo comenzó a temblar hasta quebrarse, todos cayeron un nivel más abajo de la prisión, excepto Berker que dio un salto hacia atrás. Los reclusos de ese nivel fueron sorprendidos al ver a el centinela peleando contra tres desconocidos. En el derrumbe, varias celdas quedaron bajo las rocas, que no dejaban de caer, pero ningún recluso intentó salir para protegerse, ya que sabían que eso sería romper su juramento.

Lluvia quedó atrapada bajo los escombros y mientras intentaba salir, Nord Bolarok le lanzó un golpe con la mano mala que impactó de lleno en su mejilla, lanzándola directo hacia la dura roca. Bellamy utilizó su velocidad para atajarla en el aire, pero la fuerza del impacto los arrastró a ambos contra la fría piedra.

—Nada mal —dijo “el Demonio” al ver sus tres dedos congelados.

Lluvia había logrado, en última instancia, proteger su rostro con una fuerte capa de hielo. De no haberlo logrado, ya hubiera perdido la cabeza.

—Qué descuidada —dijo Berker, quien observaba todo desde el piso superior.

—¿No piensas ayudarlos? —preguntó “el demonio” al hombre con extraña máscara que estaba observando.

Berker ni siquiera respondió. Apenas levantó los hombros.

—En ese caso... —dijo Nord Bolarok juntando las manos.

En ese momento, la presión empezó a disminuir en el ambiente. Lo que antes era hielo empezó a transformarse en agua y la montaña entera empezó a temblar. “El Demonio de Tres Dedos” empezó a separar las manos lentamente, acumulando entre ambas una gran cantidad de energía pura. Separando sus piernas para afirmarse en el desgarrado suelo, adelantó sus brazos apuntando hacia Lluvia y Bellamy, quienes yacían aún al final del pasillo, resentidos por el golpe anterior.

—¡Hasta acá llegaron ingenuos! —grito Bolarok.

El poderoso rayo de energía avanzó por el pasillo arrasando con todo a su alcance. Llegó hasta la pared de piedra eterna y no detuvo su recorrido, sino que atravesó la montaña, se extendió por el bosque nevado de Tyurma y explotó en el medio del mar iluminando el lejano horizonte.

La respiración de Nord Bolarok era agitada, y aún permanecía en la misma posición de ataque.

—Ese fue un increíble ataque —dijo Berker.

El viejo centinela, ya cansado, se dio vuelta para terminar con el último enemigo. Grande fue su sorpresa al ver que Lluvia y Bellamy estaban junto a él.

—Imposible —murmuró—. ¿En qué momento escaparon?

Sin responder, Bellamy apareció aún más veloz que antes por detrás del viejo, que, sin poder de reacción, no pudo evitar la patada en plenas costillas. Sintió el ruido de la rotura de un par de ellas por la fuerza del impacto.

Sin caer, se tomó de la herida.

«Fui muy descuidado», pensó. Luego miró alrededor y descubrió a los reclusos, que lo miraban estupefactos.

—¿Qué están mirando?! —les gritó “el Demonio” con los ojos desorbitados mientras escupía algo de sangre—. ¡Mátenlos!, ¡Mátenlos a todos!

Sin otra opción debido a la maldición, los reclusos atacaron a los tres intrusos. Uno de ellos lanzó de su boca una cortina de humo que afectó los sentidos de todos. Aprovechando esos segundos, el viejo Bolarok escapó por el pasillo destruido mientras ordenaba a los hombres que lo defendieran. Lo que era una lucha de tres contra uno se convirtió ahora en una lucha de tres contra miles.

—Viejo obstinado —dijo Bellamy.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lluvia tapando su boca por el espeso humo.

—Debemos reagruparnos, sabíamos que no iba a ser fácil —ordenó Berker mediante el enlace mental —¡Regresa, Bellamy! —ordenó al ver como su aliado estaba siendo rodeado por los reclusos.

Nord Bolarok, que había escapado a duras penas de los tres mercenarios, seguía ordenando el ataque continuo hacia los intrusos mientras se dirigía a su estudio. En el camino se encontró con los gemelos Kuma y Saru, aquellos gigantes que lo acompañaban continuamente, quienes volvían de dejar al recluso en su celda.

—¡Inútiles! —gritó el Demonio—. ¡Nos están atacando, vayan a la puerta de hierro y protejan el Tabi a como dé lugar!

—¡Enseguida, señor! —contestó Saru, quien era el mayor de los hermanos.

—¡No dejen que esos malditos lleguen a Zunder!

—¿Y usted, señor? —preguntó el otro hermano.

—Tengo algo más importante que hacer —dijo mientras les daba la espalda.

Un piso más arriba se encontraban escapando de la horda de reclusos los tres mercenarios, evitando la batalla al estar tan en inferioridad numérica.

—No podemos seguir perdiendo tiempo —dijo Berker—. ¡Lluvia! Encuentra la celda de Zunder, si te encuentras con hombres más fuertes que tú, solo escapa y avísanos.

—Sí.

—Toma esto, ya sabes qué hacer —dijo Berker extendiéndose un morral que ocultaba bajo su atuendo.

Lluvia lo agarró y asintió. De un salto se separó de sus compañeros. Berker miró a Bellamy, quien se notaba molesto por dejar escapar a su enemigo; a pesar de eso, esperaba las órdenes de su líder.

—Encuétralo y elimínalo, necesitamos ejecutarlo para que sus hombres no necesiten seguir sus órdenes.

—¿Y tú? —preguntó Bellamy.

—Yo me encargaré de todos estos idiotas.

El hombre envuelto en niebla se detuvo y dio la vuelta para enfrentar a los incontables hombres que los perseguían.

—Vengan a mí —susurró Berker enfrentando la masa enfurecida con los brazos abiertos para recibirlos.

Bellamy, sin dudarlo, siguió corriendo pasillo abajo, hacia donde creía que había ido Nord Bolarok.

Lluvia volvió a subir pisos arriba, aunque sin encontrar ninguna amenaza a su paso. Todos sabían que la batalla estaba en los pisos inferiores, por lo que aquellos lugares estaban desiertos, eso no le permitía bajar la guardia; se movió con cautela por los pasillos esquivando algunos reclusos que habían quedado rezagados. No tardó demasiado en encontrarse con la única puerta dentro de la prisión. Era lo suficientemente grande como para ocultar algo importante y entonces Lluvia supo que su búsqueda había terminado.

Corrió hacia la gran puerta y apoyó sus diminutas manos en el hierro. Desatando su poder, intentó congelar la gigantesca entrada. Pero por algún motivo sus poderes no funcionaban en ella, el hielo que desataba de sus manos era

fácilmente absorbido por la puerta. Testaruda como siempre, una y otra vez intentaba congelar la gigantesca puerta de hierro.

—Es inútil, niña —dijo una voz gruesa detrás de ella.

Asustada y sorprendida, Lluvia desplegó sus espadas de hielo y atacó sin siquiera dudar un segundo. Con un gran giro azotó al hombre detrás de ella, quien increíblemente destruyó la espada de hielo solo con su antebrazo. Frente a ella se encontraban los gemelos Kuma y Saru. Sus rostros daban miedo, al igual que su aura asesina. Estos eran portadores Lummen, dios de las bestias, lo cual los hace tener una fuerza bruta que sobrepasa los límites humanos.

—Esta puerta sólo puede ser abierta si apoyas tus manos de la manera correcta —dijo Kuma, el hermano menor—. Y aun si pudieras entrar, nuestro amo, señor de estas tierras, puede ingresar a «el Fin del Tiempo».

—Es una pena que te toparas con nosotros, niña, ninguno quiere matarte, pero no tenemos opción —dijo el otro hermano levantando la mano como si fuese una maza.

Acorralada por los dos gigantes claramente más fuertes que ella y con la puerta de hierro a sus espaldas, Lluvia no vio una salida posible y cerró los ojos esperando el final. El brazo de Saru bajó con fuerza e impactó de lleno en la nuca de su hermano, que cayó desmayado al suelo. Sorprendida por ver esto, Lluvia miró al gigante aún de pie.

—Niña, mi nombre es Saru —se presentó para luego señalar a su hermano inconsciente—, y él es Kuma.

—¿Pero qué? —preguntó Lluvia.

—Necesito que salves a mi hermano —dijo Saru mirando fijamente a los ojos de la joven—. Prométemelo.

Lluvia, viendo la fuerza que tenía el hombre frente a ella, no encontró otra opción más que aceptar el trato que le ofrecía.

Haciéndola a un lado, el gigante apoyó sus manos en la puerta de hierro.

—Ten cuidado allí dentro —dijo mientras la puerta se abría frente a él y sus ojos se cerraban—. Sálvalo —fueron sus últimas palabras. El gigantesco hombre cayó muerto al traicionar las órdenes de su amo.

Sorprendida por el pedido de su enemigo, no pudo hacer caso omiso pese a su personalidad arrogante. Arrastró al gigante inconsciente y lo metió dentro de la habitación en donde se encontraba el Tabi, la gigantesca puerta de hierro se cerró nuevamente, dejando a LLuvia y a Kuma solos en aquella habitación donde posaba el Tabi. Apoyó al gigante en un rincón y se quedó observando la pequeña esfera al final de la habitación. Caminó hasta quedar al alcance del Tabi y sonrió.

—Veamos —dijo pensando en las últimas palabras de Saru, quien claramente le estaba advirtiendo de alguna especie de trampa.

LLuvia, quien se veía atraída por aquella esfera, se focalizó por un momento dejándola de lado y agachándose debajo de ella, en donde aquellas seis hileras dibujaban un extraño patrón en la roca. Viendo la pequeña cerradura arriba apoyó su mano derecha sobre ella, dejando recorrer una suave brisa por dentro. Al sentir cada una de las grietas dentro, con su otra mano comenzó a materializar con hielo, la figura que podía sentir, formando así, la llave que la llevaría ante su objetivo. Con la llave en su mano, no dudó en introducirla. Del interior del morral que Berker le había entregado, LLuvia sacó un pequeño pedazo de tela, en el cual estaba estaba descifrada la supuesta contraseña para poder ir a «el Fin del Tiempo» y no a otro lugar en donde le esperaba la muerte.

—Por favor no me falles —dijo LLuvia preocupada dejando la contraseña cerca de la luz del Tabi —dos giros a la derecha, cinco a la izquierda —contaba en voz alta para no confundirse.

Las hileras debajo comenzaron a moverse hasta formar la imagen de un árbol, el cual también aparecía dibujado en aquella tela. Acercando la mano con temor, escuchando en su cabeza una y otra vez la advertencia de Saru, dudaba en tocarla, su corazón se aceleraba más y más a cada centímetro. Llenándose de valor, con el dedo índice tocó la esfera y fue trasladada inmediatamente a «el Fin del Tiempo». Para su suerte, al llegar al otro lado, solo se vio parada sobre un delgado camino que la llevaba hacia una plataforma donde el hombre que venía a liberar se encontraba colgado de la nada misma.

LLuvia caminó con cuidado por el estrecho puente hasta llegar hasta el borde de la plataforma de agua. LLuvia supo de inmediato que aquel líquido en el suelo no era natural. Con las manos creó una esfera de hielo, la cual apoyó suavemente en

la plataforma. El agua que protegía la habitación, comenzó a desintegrar la improvisada bola de hielo

—Treinta segundos —dijo Lluvia quien había contado cuánto tardaba aquella trampa en desintegrar su habilidad.

Esta vez sin tomar recaudo, junto las manos y generó en su interior una pequeña gota de hielo que, al soltarla y hacer contacto con el agua, congeló en su totalidad el lugar. A salvo de aquella trampa, se vio frente al hombre que buscaba, Zunder Friedman. Junto a él, una mujer que poco le importó; ambos estaban inmóviles ante sus ojos. Lluvia se acercó al hombre.

—Te encontré —dijo mientras apoyaba la mano en el pecho del hombre para liberarlo de las cadenas que lo mantenían inmóvil—. Vamos, tenemos que irnos —dijo al ver que el hielo en el piso comenzaba a desintegrarse por aquella trampa.

Zunder estiró los brazos entumecidos, probó las articulaciones del cuello y las piernas y sin mirar a Lluvia, se dirigió hacia la joven reclusa de grilletes en los brazos. La miró detenidamente con sus ojos sin sentimientos.

En el mismo momento en que Zunder era liberado, Nord Bolarok se encontraba en su estudio escribiendo pocas palabras en un pequeño papel. De pronto, levantó la mirada y negó con la cabeza, al sentir un escalofrío recorrer su cuerpo, con su mano mutilada, sostuvo confuso la llave en su cuello.

—Zunder —murmuró preocupado al sentir como el hombre más peligroso del mundo había sido liberado—. Ahora es tu turno —dijo al terminar de escribir en aquel trozo de papel.

Tomó el papel entre las manos y, soltándolo con un movimiento veloz, chasqueó los dedos y el papel se prendió fuego dejando solo cenizas. Se trataba de un viejo método de mensajería, el cual no dejaba ningún rastro pasadas las horas.

—Buena suerte —murmuró “el Demonio” mientras veía extinguirse el mensaje

Hecho esto, Nord Bolarok cerró el puño y lanzó un golpe directo de energía hacia la puerta cerrada, que voló en pedazos llevando gran parte de la pared de piedra en ese ataque.



—Maldito, ¿crees que me podrás vencer tan solo por ser rápido? —dijo el viejo, quien mantenía en lo alto sus tres dedos.

Desde los escombros, Bellamy hizo su aparición. Enfrentó a “el Demonio” sin subir la guardia y sonrió burlonamente. Irritado por la provocación del joven, el viejo demonio afirmó los pies en el suelo y extendió los brazos apuntando la palma de las manos hacia el joven impertinente.

—No tienes idea de con quién te has metido —exclamó mientras sus ojos reflejaban el mismo infierno y las paredes a su alrededor se derrumbaban por la presión que ejercía Nord Bolarok—. ¡Toma esto!

El gran poder del centinela se hizo sentir rápidamente en toda la montaña. Una gran explosión desencadenó otro derrumbe en el interior. El poder destructivo de Nord Bolarok alcanzó a propios y extraños, como si fuera un volcán en erupción. Las rocas en llamas caían en la lejanía del bosque y una gran cortina de humo y piedra ardiente alcanzaba la atmósfera causando una tormenta eléctrica. Lo que era el estudio del centinela se convirtió ahora en un gran cráter con vista al cielo.

—Veo que fui yo quien te subestimó —dijo Nord Bolarok, quien se encontraba con una rodilla y su puño ensangrentado apoyados en el suelo—. No es posible —dijo al ver que su propio ataque lo había alcanzado—. Creí que eras un portador Jikan.

—No te equivocas, soy un portador Jikan, puedo controlar la velocidad del tiempo a mi alrededor —respondió Bellamy mientras veía como Bolarok caía de rodilla en el piso, tratando de sostener su humanidad con los restos de lo que antes era un escritorio.

—¿Cómo es posible entonces? —preguntó con sus últimas fuerzas Bellamy. Con una sonrisa en el rostro, se tomó del cuello de su vestimenta para dejar a la vista un extraño collar que posaba en el cuello.

—Maldito —dijo al ver la extraña joya—. Un cristal amplificador. Frente al Demonio se encontraba uno de los objetos más extraños y escasos del mundo, su suerte no podía empeorar, estas excéntricas joyas, le daban a su portador, la habilidad de expandir sus habilidades Zhen más allá de su límite.

—Este hermoso cristal me da la facilidad de teletransportar energía hacia donde yo quiera.

El cristal en su cuello expandía su poder Jikan al de un portador Versia; esto le permitía no sólo dominar el tiempo, sino también el espacio.

Nord Bolarok, “el Demonio de Dagaja”, sintió toda la ira que recorría su cuerpo junto con la energía que abandonaba su ser y cayó derrotado en el piso de lo que alguna vez fue su estudio.

—Aunque reconozco que tu poder fue devastador, casi que no puedo controlarlo. Solo pude redirigir una pequeña parte de tu ataque —le dijo el joven al hombre derrotado, por el cual terminó sintiendo respeto—. Si te hubiese alcanzado con la totalidad de tu poder ahora serías solo polvo, eres realmente poderoso —dijo Bellamy al ver al viejo muerto en el suelo.

Los reclusos que estaban bajo el juramento eterno del centinela de la monta a Ghora sintieron cómo sus cadenas se aflojaban. De repente, todos quedaron atónitos, porque esa era una sensación que jamás habían sentido desde su llegada a Dagaja. El sentimiento de que no estaban bajo la mirada siempre despierta Bolarok. Sin embargo, no se atrevieron a moverse, por miedo a que fuera una ilusión o una trampa.

Berker estaba frente a ellos, con medio centenar de cadáveres a su alrededor. Los reclusos miraban al encapuchado sin decidirse a atacar o a huir, así que hicieron lo que cualquier hombre débil haría, se quedaron inmóviles en el lugar a la espera de que alguien hiciera algo por ellos. Berker, a pesar de estar divirtiéndose, no iba a esperar a que estos lo atacaran nuevamente y corrió por sobre los cadáveres al encuentro de Lluvia. No le fue difícil ubicarla dentro de Dagaja gracias a su enlace mental.

Saliendo de la habitación donde se encontraba la única entrada a «el Fin del Tiempo», estaba Lluvia.

—¿Pudiste encontrarlo? —le dijo Berker a Lluvia. La respuesta no fue necesaria, Zunder fue el segundo en salir del interior.

—¿Lo tienes contigo? —preguntó Berker. Lluvia asintió con la cabeza al señalar el pequeño morral que llevaba en la cintura.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó Zunder mirando al encapuchado fijamente.

—Solo nosotros tres —Interrumpió Bellamy quien se sumaba al grupo.

—¿Terminaste con él? —pregunto Berker al verlo.

Bellamy solo asintió con la cabeza.

—¿Nos vamos? —propuso Lluvia al ver que ninguno de los hombres dentro de Dagaja se animaba a mover un músculo.

Los cuatro giraron sobre sus talones para dirigirse a la salida cuando, desde el final del pasillo, la pared estalló en mil pedazos y la figura de Nord Bolarok, completamente desfigurada de odio y sangre, volaba a gran velocidad hacia Zunder con el puño extendido recubierto de energía.

—¡No voy a dejarte salir de aquí con vida! —amenazó con un alarido de furia.

Berker giró la cabeza en dirección al ataque, pero solo una pulgada de distancia separaban el corazón de Zunder del puño del viejo centinela. El golpe era inminente, pero no fue el corazón de Zunder el que dejó de latir, “el Demonio de Tres Dedos” se vio con la muerte cuando la muerte, con ojos rojos, se paró frente a él, saliendo de la oscuridad, desde la habitación, con una velocidad inesperada y sin emitir un sonido. La joven de ojos rojos se interpuso entre Nord Bolarok y Zunder golpeando el esternón del viejo antes de que su puño llegara a destino. “El Demonio” llegó a mirar a los ojos antes de caer muerto en la fría piedra de la prisión.

En ese momento no hubo dudas. Todos los reclusos sintieron definitivamente cómo su condena eterna terminaba y ya no estaban bajo los efectos del portador Sinna. Todos se echaron a correr, desatando el caos en el lugar, buscando la salida hacia los bosques nevados de Tyurma.

—Lo mató de un golpe —susurró Lluvia incrédula.

Pero Berker y Bellamy guardaron silencio. Ellos habían visto lo que Lluvia no. No había sido un golpe ordinario lo que había matado al Demonio. La fuerza, la técnica devastadora y la velocidad en el ataque igualaba a la de un heraldo. Ellos, siendo diestros en combate cuerpo a cuerpo, jamás habían visto un movimiento similar.

—¿Quién es ella? —preguntó Bellamy sin bajar la guardia, empuñando su daga hacia ella.

Fue el mismo Zunder quien se paró frente a él, aun sabiendo que aquella joven no necesitaba de su protección.

—Debemos irnos —dijo Berker, y mirando luego a la joven, añadió—: Gracias por tu ayuda, pequeña, eres libre de hacer lo que quieras.

—Ella viene conmigo —interrumpió Zunder.

—No podemos llevarla con nosotros —dijo Bellamy, quien claramente con podía confiar en ella.

Zunder no prestó atención a las palabras de Bellamy, solo miro fijamente a quien claramente era el líder.

—No me iré sin ella —dijo Zunder.

Frente a esas palabras, y el tiempo que corría ninguno se atrevió a contradecirlo. Juntos corrieron hacia el exterior por los pasillos de la prisión vacía y devastada . En su corrida, Lluvia alcanzó a ver a Kuma, quien caminaba tambaleándose contra las paredes mientras se recuperaba del golpe de su hermano.

Al igual que el resto de los ahora fugitivos, los tres mercenarios y los últimos dos reclusos salieron al frío bosque y se perdieron entre la nieve y los árboles.